

REVISTA

COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

DIRECTORA:

SARA CASALVA. DE QUIROS

Apartado 1239

OFICINA mi casa de
habitación Nº 2730

Teléfono 3707

BARRIO: LA California
Av. 1ª Calles 27-29

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 27 de Octubre 1946

No. 706

Jesús, a los pecadores

*Muriendo en Cruz, de espinas coronado,
de padre ved mi amante Corazón;
¡no hiráis al Corazón dulce y sagrado
que os tiene tanto amor!*

*Las vírgenes anidan, do sus alas;
id a su sombra, pecadores, id;
sueña el ángel de más hermosas galas
hacer su nido allí.*

*Lanzad, lanzad el cáliz de amargura,
que bresca celestial os traigo en mí;
si tenéis sed de amor y de hermosura,
la fuente soy, venid.*

*Dono a la virgen palmas y coronas;
al joven sueños, música y amor;
recuerdos, gloria, a viejos y matronas;
a los niños dulzor.*

*Venid, daré consuelo a aquel que llora,
medicina a quien falte la salud,
y llenaré los pechos desde ahora
de plentera laz.*

*Mas ¡ay! vivís prendados de las flores,
que en cáliz enmelado os brindan hiel,
y nadie saborea mis amores,
más dulces que la miel.*

*Ha el lirio abejas, galanes las doncellas;
el verjel más pequeño un ruiseñor;
yo, que hice florecer lirios y estrellas,
llorando solo estoy.*

*Por más que abra los brazos noche y día
¡ay! nadie a ellos quiérese lanzar;
estrecha es para todo plaza y vía,
y es desierto el altas.*

*Regocijadme, amores celestiales,
que ya los de la tierra no tendré;
¡sólo aristas me ofrecen los trigales
que con sangre regué!*

*Aquese amor por quien me abandonasteis
¿hasta la cruz os amará cual yo?
Para abriros el Cielo, que cerrasteis,
¿sufré muerte y pasión?*

*¿Qué os han hecho mis ósculos y abrazos?
¿Por cuál ofensa me dejáis así?
Dadme de nuevo azotes y lanzazos
pero no huyáis de mí.*

*Yo soy camino, soy verdad y vida,
de pecho humilde y faz benigna soy;
suave es mi yugo y empequeñecida
la carga de mi amor.*

*A amar y amado ser vine a la Tierra
hecho cordero ansioso de morir,
¡yo!, Dios de las venganzas y la guerra
que trueno en Sinaí.*

*Quando en carro de fuego, en un segundo
bajo, tremen los Cielos con horror;
que soy nube de rayos, y en el mundo,
soy astro del amor.*

*No tengo un canto do apoyar mi testa;
todo, menos la cruz, os lo di ya;
mi sangre y cuerpo en vino y pan...
[¿qué resta?
¿Hay más en mí?... Tomad.*

*Tomad todo mi ser, dulce primicia
del manjar que en la Gloria os guardo yo,
Me abandonasteis! ¿Volveréis? ¡Delicia
sois de mi Corazón!*

*Si no volvéis ¿qué haré? ¿Podría
a los hijos del alma aborrecer?
Amaros, siempre amaros, sí, sabría,
y morir otra vez.*

JACINTO VERDAGUER

La vida moral del médico

Por Joaquín Cordero y Buenrostó, S. J. De: "Unión"

Uno de los grandes valores morales que con más empeño debe procurar la Sociedad para los suyos y más celosamente defender, es, a lo que creemos el de aquellos de sus miembros que se dedican a la delicada práctica de la Medicina. Sacerdotes y Médicos han sido mirados siempre y en todas partes, como los más altos exponentes de la Vida Moral; su persona y sus palabras han sido o han debido ser irradiación y eco de los grandes preceptos de la Ley Natural y de la Ley positiva: marcharon por el camino del bien y emplearon las energías de su vida en llevar a sus semejantes por ese mismo sendero. ¡Qué extraño que varios pueblos de la tierra hayan llegado a hacer de ellos objeto de exorbitada veneración! Qué extraño que otros como el egipcio, el judío y el griego hayan identificado varias vocaciones fundiéndolas frecuentemente en una misma realidad, en una misma persona, creando de esa manera el tipo del hombre que extiende su influjo y su poder sobre el cuerpo y sobre el alma.

El sacerdote debe ser perfecto, por su trato íntimo con el Cuerpo de Jesucristo y con las fuentes de la Gracia; el médico a su vez, debe ser dechado de vida moral, porque sus actividades se ejercitan sobre lo más grande y lo más sublime que hay en la creación: el hombre con la maravillosa y complicada estructura de su cuerpo con los arduos problemas de su alma, con las íntimas relaciones que lo ligan a una familia, al gran grupo de la sociedad y a un destino eterno. Por eso, para ninguno de los dos hay ni puede haber barreras ni desconfianzas. Al sacerdote se le abren de par en par las puertas del alma, confesando los propios yerros, al médico se le recibe en lo más íntimo del hogar, en lo más apartado del aposento, a donde no tienen

acceso frecuentemente ni los más íntimos amigos; se le hacen confidencias en las que se entrega cándidamente la historia de una familia. Ahora bien, para estas relaciones tan íntimas, las más íntimas que puede haber entre hombres, ¿qué garantías tenemos, qué seguridad de que no seremos traicionados, de que el bien que buscamos no se convertirá al fin y a la postre de nuevo mal que nos torture a la par el cuerpo y el alma? Si toda confidencia es un último análisis, una entrega, ¿cuáles son los títulos que nos garantizan en este asunto la imprescindible fidelidad del confidente?

En el caso del sacerdote, nuestra garantía es como todos sabemos, su carácter sobrenatural, la promesa infalible de Jesucristo, la "gracia de estado". Tratándose del médico, nuestra garantía, la única garantía posible es su vida moral.

¿Qué es la vida moral? La vida moral es la norma eterna de una conducta digna del hombre, hecha realidad en nosotros iluminando nuestro entendimiento, palpitando en nuestro propio corazón. Es la realización en la tierra, del plan sublime de Dios sobre el hombre.

Como toda vida, admite grados; hay una vida moral que basta al artesano, al mercante modesto; al "hombre de la calle" y que dado el pequeño radio social en que se desenvuelven éstos sus actividades se nutre de unos cuantos principios morales que dirigen seguramente sus pasos "Hoy como ayer, mañana como hoy", sin encontrar tropiezos ni sorpresas. Hay en cambio otra vida moral que no puede sostenerse, que no puede triunfar, sin estar fuertemente sustentada por muchos y vigorosos principios, los cuales serán el día de mañana vectores de luz que iluminarán situaciones embarazosas y firmeza de voluntad para indicar con índice inflexible el

el camino que hay que seguir. Y este es precisamente el caso del médico. Sus actividades no se circunscriben a los estrechos límites de los problemas individuales o de la familia; tendrá que actuar aprobando, aconsejando o prohibiendo en las múltiples y variadas situaciones que le presentará la clientela o que su ojo clínico espontáneamente descubra. Tendrá que luchar contra intereses de familia, contra

prejuicios de la sociedad o de los gobiernos, aún contra amenazas más o menos veladas, que pretenderán arrancarle no pocas veces una decisión que la Ley de Dios prohíbe. Y nótese bien, que esos problemas con que se enfrentará casi a diario a la práctica de su profesión, son justamente de los más graves y los de mayor trascendencia que se presentan al hombre.

La Túnica de Cristo

Cuenta la leyenda que un soldado romano obtuvo por la suerte la túnica del Nazareno, que fué jugada mientras su dueño, un Dios, moría en la cruz.

Un día un esclavo del romano tocó la túnica; estaba enfermo y se curó al instante. Otra vez el propio soldado, que venía padeciendo de males del alma, por casualidad puso-se en contacto con la túnica sagrada, y al hacerlo, una paz profunda invadió su ser y se sintió sano de espíritu.

Poco a poco, por casualidades, fuese demostrando el poder milagroso del manto de Jesús, que curaba los males del alma y las llagas del cuerpo.

La túnica de Cristo es inmensa. Cubre el Universo entero. Se sostiene de las estrellas, queda prendida de los rayos del sol, se extiende sobre las aguas, se posa sobre los lirios. No

la vemos, pero ahí está, como esperando que tendamos nuestras manos y la toquemos, cuando necesitemos tener valor en la lucha, serenidad en la mente, alegría en la tristeza, consuelo en la angustia, alivio en el dolor, bondad en el corazón, luz en el alma!

Myriam Francis.

Solemne Triduo a Sta. Gertrudis en la Iglesia de la Dolorosa

DIAS 14—15 y 16 de noviembre
A las 6 de la mañana Misa de Comunión General.—A las 7 de la noche, Rosario, Predicación y Bendición con el Santísimo Sacramento.

Toda la predicación estará a cargo del Rev. Padre Fray Teófilo Arana.

FARMACIA Dr. M. FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca

Bien por Paquita

I

Porque Paquita era una propagandista incansable.

No era una millonaria ni mucho menos. El corto salario de una costurera lo dividía en tres partes: una para sí, otra para su madre, que estaba en un asilo esperando la muerte, que no se acordaba de ella, y otra para obras de propaganda.

Con la primera parte no pretendía banquetear; con la segunda sólo pretendía mantener en remojo el cartoncito que formaba la piel de su madre; pero con la tercera estaba muy pretenciosa, porque sabía perfectamente que era un inmenso caudal que iba trasladando al banco del cielo.

Aunque tampoco esta tercera parte era susceptible de muchos dibujos ni de cuantiosas limosnas, la volvía a subdividir, sin embargo, en dos partes: una para limosnas corporales, que repartía entre los pobres; otra para limosnas espirituales, que gastaba en hojitas de propaganda, periódicos católicos, folletitos cortos, todas las cuales arenitas de oro las dejaba caer, como por descuido, en las calles, en las tiendas donde compraba, en las puertas de los cafés y de las tabernas, o envolviendo con ellas las piezas de costura que entregaba a sus marchantes; en una palabra: Paquita pasaba por todas partes haciendo bien e imitando a nuestro divino Redentor, de

quien dice la Sagrada Escritura que pasó por el mundo haciendo lo mismo que Paquita.

Y es el caso que una noche, al pasar por la plaza de Zocodover, porque vivía en Toledo, y, por tanto, aquella noche era una noche toledana, dejó un folleto olvidado sobre un banco de la plaza, siguió su camino por el Alcázar arriba, se metió en su casa y se acostó después de rezar sus oraciones.

Ni más ni menos que lo que hace el sembrador, el cual arroja la semilla en la tierra ya sabe que Dios se encargará de que fructifique en tiempo oportuno.

Y hata aquí no hay nada de malo. ¿No es verdad.

II

Pero allá lejos de su casa, y cerca del famoso baño de Cava, que aún se conserva para ignominia de los Rodrigos pasados y presentes, vivía un pobre trabajador de la famosa fábrica de armas, con la casa llena de hijos y el alma llena de ideas anarquistas y de todas esas farándulas regeneradoras de que apiporran el cerebro de la gente pobre los periodicuchos rojos para hacer el caldo gordo con su venta y llenar la sangre de sus redactores de glóbulos más rojos que el color de su periódico.

Bartolo, que así se llamaba, ni letra más ni letra menos, había perdido la fe, pero del modo como únicamente puede perderla un obrero español, es decir, de mentira.

Y como no tenía fé, tampoco tenía esperanza en la providencia de Dios; ni caridad, de esa que hace llevaderos los perros tumbos que hay que ir dando por el camino de la vida, que es un camino lleno de baches y de fangales, que a veces se pone uno perdido.

Total: que Bartolo, después de leer porquerías cencerrales y motinales, después de

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas.

perder jornal tras jornal en las tabernas, y después de pagar la bilis sobre las costillas, determinó aquella noche salir ocultamente de su casa y arrojar de cabeza por el puente de San Servando. ¡Esta sí que iba a ser noche toledana!

Y pensando pensamientos de desesperación lanzóse a la calle, atravesó varias callejuelas meditando su plan y animándose para llevar a cabo la barbaridad que meditaba, hasta que, fatigado, indeciso, rendido, más de cansancio moral que corporal, sentóse un ratito en uno de los bancos de la plaza de Zocodover.

Allí le espera el folleto de Paquita.

III

Bartolo lo vió a poco de sentarse, y a la luz de un farol de gas (que entonces víamos todavía cerquita de aquellos tiempos de antorchas y linternas), comenzó a leerlo con cierta curiosa repugnancia, porque era un papel clerical.

Y el papelito clerical comenzó a hablar con su alma y a decirle: "Cuando estés afligido, piensa bien aquellas palabras del libro de La Imitación de Cristo: "Hijo, no te quebranten los trabajos, ni te abatan del todo las tribulaciones; sino que mis promesas te consuelen.

"Espera un poco y verás cuán presto se pasan los males. No es cosa de poco momento el ganar o perder el reino de Dios".

El obrero sin fe abrió unos ojos como los del puente de San Servando. Aquello no eran motines ni Cencerros.

Siguió leyendo, y las brisas puras y sedantes de la fe cristiana vinieron a reanimar su espíritu, que al cabo de media hora de lectura espiritual, henchido de consuelo, saltando del banco al leer aquellas otras palabras: "Espera un poco, alma mía, y tendrás abundancia de todos los bienes del cielo", cruzó la plaza, y aquel Bartolo era ya otra cosa distinta de lo que era al sentarse en el banco.

¿No te dije al principio que el obrero es-

pañol sólo pierde la fe de mentirijilla?

El pobre suicida, olvidado de su resolución, llegó a una iglesia, que encontró abierta, y en vez de arrojarse por el puente arrojó en un confesionario a los pies del ministro de Dios; y en vez de ahogarse en las aguas del Tajo, se ahogaban en un mar de lágrimas, pidiendo perdón al Señor por la barbaridad que le habían inspirado los malos periódicos, robándole antes la piedad.

Y dicen que Paquita no sabe nada aún de lo ocurrido con su folleto, dejando al azar en uno de los bancos de la plaza de Zocodover, pero dicen que Dios y el ángel de la guarda lo saben muy bien, y han apuntado el nombre de Paquita con diminutivo y todo, en el libro de los predestinados, porque es sentencia de la Verdad Eterna que el que salva a uno de sus hermanos redime también su alma en premio y galardón.

Y dicen que el espíritu del cielo cristiano te está gritando, lector querido, al oír esta historieta: ¿Y por qué no he de imitarte también a Paquita? ¿Será acaso por falta de folletos, o de periódicos buenos, o de Rayitos de Sol, o de Hojitas sueltas que dejar abandonadas al azar? ¿Será, tal vez, por falta de calles, o de tabernas, o de cafés, o de tranvías, o de vagones, o de tiendas, o de envolturas donde poderlas abandonar?

ALBERTO RISCO, S. J.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARÁ UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

Las Quince Promesas de la Virgen del Rosario

1ª—Quien me sirviera rezando constantemente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.

2ª—Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente rezaren mi Rosario.

3ª—El Rosario será un escudo fortísimo contra el infierno, destruirá los vicios, librerá de pecados y abatirá la heregía.

4ª—El Rosario hará germinar las virtudes, y que las almas consigan copiosamente la misericordia divina: sustituirá en el corazón de los hombres el amor del mundo, y los elevará a desear las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!

5ª—El que con devoción rezare mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada: se convertirá si es pecador, perseverará en la gracia si es justo; y en todo caso será admitido a la vida eterna.

6ª—Los verdaderos devotos de mi Rosario, no morirán sin los auxilios de la Iglesia.

8ª—Quiero que todos los que rezan mi Rosario, tengan en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y sean partícipes de los mérito de los biennaventurados.

9ª—Yo libro muy pronto del purgatorio a las almas devotas del Rosario.

10ª—Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo de una gloria singular.

11ª—Todo cuanto se pidiere por medio del Rosario, se alcanzará prontamente.

12ª—Socorreré en todas sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.

13ª—He impetrado de mi Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la corte celestial.

14ª—Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados, y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15ª—La devoción al Santo Rosario es una señal manifiesta de predestinación a la gloria.

Agudezas del Santo Cura de Ars

—Señor cura — decía en cierta ocasión al venerable párroco de Ars un hombre grueso y colorado, y cuyo aspecto contrastaba con la palidez y demacración del buen sacerdote—, cuento con usted para que me lleve allá arriba, y, para conseguirlo, cuando suba al cielo me agararré a su sotana.

—No haga usted tal cosa, amigo mío —replicó sonriendo—, pus la entrada del cielo es muy estrecha y nos quedaríamos los dos a la puerta.

—¿En qué consiste — le preguntaba otro día un feligrés — que cuando reza usted apenas se le oye, y, en cambio, habla an alto cuando predica?

—Es que cuando predico suele haber entre mi auditorio muchos sordos y otros que se

duermen, mientras que cuando rezo lo hago a Dios, que no está sordo.

Acción de Gracias Al Hermano Andre

De todo corazón doy infinitas gracias al HERMANO ANDRE, porque por su intercesión, el Señor SAN JOSE, me alcanzó de la misericordia divina una gracia casi imposible. Ofrecí para que sea pronto contado entre el número de Santos que glorifican a Dios en su Iglesia, hacer decir una Misa y publicar el favor alcanzado para que tengan confianza en su intercesión con el Santo Patriarca de Nazareth.

Hermania S, DI PALMA.

San Pedro de Montes de Oca.

NOVELA

I

De pie, junto al gótico ventanal, miraba alejarse el cortejo, pálida, muda, hie-rática, inconsciente. . .

Las notas graves y traágicas del *Dies irae* perdíanse entre el suave revuelo de las umbráticas alamedas del inmeso parque. La indiferente Naturaleza seguía su vida sin preocuparse de aquel ser que franqueaba los umbrales de la muerte.

Soledad hundía los ojos en el paisaje lleno de inquietud, dorado entonces por el crepúsculo primaveral, y rebasando el límite de la humana vista íbase lejos a revolver las aguas turbias e inquietas de lo desconocido. Su olímpico cuerpo, escultura de admirable plasticismo, se erguía rígido, inmovilizado por el estupor, por la dolorosa amargura del momento. . . Estaba viviendo esa hora espantosa que suena en el reloj de muchas vidas; la hora negra en que la Parca se lleva a los seres queridos arrancándolos de nosotros con feroz brutalidad; el minuto de rebeldía horrible en que quisiéramos alzarnos de no tener a nuestro alcance el tesoro de las creencias cristianas. Embargábala una inmensa amargura que se leía en todos los rasgos de su faz alterada y tirante.

Las camañas, con su lento y grave tañer, rasgaban la quietud de los ámbitos como gritos de angustia, como desgarradores lamentos, cesaron en su lúgubre doblar. . . Las avenidas del parque, antes desiertas, fuéronse llenando de gentes enlutadas que al regresar del entierro con grave compustura iban a desfilar ante la huérfana, para repetir monótonamente el mismo estribillo. Quedábale aún que soportar este último suplicio. Lo resistió estoica, sin derramar una lágrima, sin que le vantase su pecho un sollozo, admirando la serenidad de su actitud a toda aquella pléyade de elegantes señores, amigos o pa-

rientes del duque de Olarriaga. Dijérase que en ella se había embotado la fibra del dolor, que dormía profundamente su fina sensibilidad.

Únicamente pareció conmoverse un poco cuando una jovencita del pueblo, pobremente vestida, que llevaba impresas en el rostro la huella de un vivir curtido por las pesadumbres, se le acercó diciendo, en lugar de la frase obligada, unas dulces palabras de consuelo.

—No padezca usted por él. . . Debe estar en el Cielo. ¡Fué tan bueno! Y los muertos, señorita Sol, cuando están con Dios, no deben llorarse. . .

Soledad le alargó su mano señorial, blanca y fina como un lirio, agradeciendo aquellas cortas frases sinceras. La joven, inclinándose, besóla luego suavemente y dejó el puesto a los que detrás de ella esperaban turno.

Al fin, salieron todos. Quedó únicamente con Soledad el viejo cura del pueblo.

—Esto ha terminado, Sol— díjole tocando a la joven en un brazo para sacarla de su abstracción penosa.

—Sí, señor Cura— asintió la joven suspirando.

—Voy a marcharme y antes te dirigiré no unas palabras de consuelo que no necesitas, porque en tus sentimientos cristianos hallarás toda la conformidad que te hace falta, sino un ruego amistoso. . . Mis canas y mi cariño fraternal hacia tu padrino me dan derecho a ello. . .

—Usted dirá, señor Cura— indicó dulcemente la joven.

— No te entregues a la desesperación, no te abismes en la pena; procura buscar distracciones en el trabajo, en el empleo de tus facultades intelectuales, en el ejercicio de la caridad. Nada ha sucedido que no sea normal y ordinario. La muerte se ha llevado a un ser querido; mañana se

llevará a otros, más tarde a nosotros también. Es un acontecimiento muy natural ante el que debemos inclinarnos sin protestas, pues de nada nos servirían. Además, tú estás obligada a cuidarte, a vivir...

—¿Para quién? — murmuró dolorosamente Soledad.

— Para los mil desdichados a quienes socorres, a los cuales has acostumbrado a tus caricias y consejos; para nosotros, tus viejos amigos, a quienes la flor de tu afecto nos es muy grata consolación y para alguien cuyo destino habrá escrito Dios junto al tuyo en las páginas de un libro misterioso. Alguien, desconocido, que vendrá, no te quepa duda, cuando llegue la hora. Tu alma se ha bamboleado al choque violento de una inmensa amargura, pero tú estás obligada a hacer lo posible para que recobre el equilibrio.

Unos minutos de silenciosa espera sucedieron a las firmes y sensatas razones del eclesiástico. Sol, muy serena, aseguró respetuosamente, con encantadora docilidad:

—Lo haré como usted quiera, señor Cura.

El sacerdote levantó su mano flaca, algo temblona, para bendecir a la joven. Luego, presentóla a Sol y los labios trémulos, descoloridos como flor mustia, dejaron sobre la piel de pergamino un beso suave que la rozó como blanca y alada mariposa.

Adelantóse la venerable figura del anciano por la mayestática antesala, entre los figurones de bruñidas armaduras heroicas... Su asmática voz fué sonando cada vez más lejos hasta que dejaron de oírse los golpes del bastón en los largos y mudos corredores. Entonces entró sigilosamente en el salón don Roque Atienza, administrador de la casa de Olarriga, el cual se acercó a la joven.

—Sol, hay una persona que quiere verte...

—¿Todavía...? — protestó con gesto de cansancio.

—Es un señor a quien envía tu tía, la generala Márquez, que, como sabes, está en cama con un fuerte ataque gripal y no ha

podido venir a acompañarte en este trance...

—Sí, ya me ha dicho el marqués de Herrero que está enferma... Está bien, don Roque, dígale a ese señor que pase.

El recién llegado, introducido por don Roque, era un caballero de edad, de aspecto simpático y bondadoso, que haciéndose cargo de que Sol estaba agotada, abrevió sus saludos y dió cuenta sucinta de su misión.

—Soy el administrador principal de su señora tía, la condesa de Ricla, doña Carlota Márquez; la señora no ha podido venir al entierro, ya sabe usted por qué... He oído al señor marqués de Herrero que se lo decía, pero he venido yo en su representación y traigo el encargo de decirle en su nombre que la señora Condesa desea que la señorita se vaya a vivir en su compañía, como una hija; se hace cargo de la soledad en que se va a ver después de la desgracia. Ella también está muy sola y...

—Gracias, muchísimas gracias, caballero. Déselas usted a mi tía en mi nombre. Ahora, por de pronto, no puedo irme, no puedo faltar de aquí, pero más adelante... Dígale usted que lo pensaré, que reflexionaré... y que le escribiré en cuanto pasen unos días y esté más calmada.

El buen señor comprendió que la audiencia había terminado y se levantó para marcharse. Don Roque se levantó con él.

—Sol, yo también tengo que irme. Mi mujer, ya sabes que está muy delicada y con la impresión de todo lo sucedido se ha puesto peor.

—¿Pobre doña Margarita! — exclamó la joven sinceramente condolida.

—Sí... Debe haber estado el médico y como la criada no me merece mucha confianza voy a hacerme cargo del tratamiento, que habrá variado, seguramente. No es necesario que te diga nada.

—No, don Roque, entre amigos como nosotros todo está ya dicho — aseguró la joven con acento de franca familiaridad.

—No sé cuáles serán las sorpresas que pueda reservarse el porvenir, querida Sol. Quiero creer que sonriendo a tu juventud y a tu belleza serán agradables; pero ya te aguarden horas buenas o malas, ruégote no olvides que te llevé en mis brazos siendo niña, que soy un leal y cariñoso amigo y que me encontrarás siempre dispuesto a serte útil.

Sol no contestó. Aunque hubiera querido no le fué posible porque las lágrimas, que hasta entonces permanecieron rebeldes sin querer brotar, acudían ahora como torrente a los ojos oscuros. Cogió la mano del administrador y la estrechó con fuerza, poniendo en aquel mudo ademán toda la expresiva elocuencia de las palabras que no pudo pronunciar.

Don Roque salió muy de prisa porque comprendía que iba a echarse a llorar como un niño. Sol tocó un timbre. Tenía miedo de encontrarse sola.

El timbre resonó en las vacías habitaciones como un teco extraño y prolongado y a su perentorio llamamiento, una mujer de cierta edad, bastante bien parecida con todo el aspecto de una ama de llaves, comparció en el dintel de la puerta.

—Manuela— dijo la joven haciendo esfuerzos por contener el llanto— te he llamado para que avises a Juan.

—Sí, señorita.

—Le dices que... que ponga la mesa en el comedor, junto a la chimenea, como siempre.

Violento, se le escapó un sollozo. La cara de Manuela, tuvo una crispación ante el dolor de la joven.

—¡Como siempre...!— protestó muy conmovida al comprender los esfuerzos de aquella criatura sensible y afectuosa que quería aceptar los acontecimientos con la mayor conformidad, que deseaba encauzar su vida resistiendo heroicamente el desfallecimiento de sus fuerzas.

—Sí, amita Manuela, como siempre... El señor cura dice que no ha sucedido nada extraordinario. Es la muerte..., la

muerte que ha pasado llevándose a jirones lo mejor de mi alma.

Y ahogando el sarcasmo de sus palabras en un nuevo sollozo que sacudió la palpitante y regia escultura de su cuerpo, entregóse por entero a la explosión de su tremendo pesar buscando puerto de refugio en los brazos cariñosos del ama Manuela.

Es increíble...—murmuró el notario, tirando con ademán de desaliento la colilla del cigarro en un cenicero de cobre reluciente que sobre la placa de cristal de la gran mesa ministro resplandecía junto a la escribanía.

—Sí, señor— aseguró el cura, desolado—. Es de estas cosas que si no fuera porque uno las ve y las palpa, diríamos que son un cuento chino, o un mal sueño de pesadilla.

—¡A quien se le diga que un hombre como el señor Duque, tan ordenado, tan previsora, tan interesado en el porvenir de esa criatura, porque eso lo sé yo..., haya cometido el descuido o la torpeza de no hacer ni siquiera un testamento ológrafo que ponga a Soledad a cubierto de la miseria y la rapacidad de los herederos!

Era el notario quien hablaba. Por el soberbio despacho del duque de Olarriaga corría un hálito de misterio y de sorpresa. El administrador, saliendo de su mutismo, pensó en voz alta:

—Cuanto más reflexiono menos puedo explicarme esto. El Duque quería a Sol como a una hija.

—¿Acaso, no lo sería?— murmuró el notario.

—¡Qué sabemos!— murmuró el cura.

—No. No lo sabemos. No se sabe. El Duque se ha llevado su secreto con él. Y papeles que justifiquen el nacimiento de la muchacha tampoco se han encontrado por ninguna parte.

—De manera que la pobre doña Sol...

—La pobre doña Sol es un alma energética bastante poco apegada a las riquezas y las vanidades, porque ha recibido la no-

ticia con una indiferencia singular— aseguró el sacerdote, quien sabía mejor que nadie hasta dónde alcanzaba el valimiento moral de su hija de confesión—. En todo lo sucedido lo que más le afecte es haber perdido el cariño de su padrino. La pérdida de su amor, y no la de su fortuna, es lo que ella lamenta.

—A pesar de todo, el golpe debe haber sido tremendo, señor cura. Porque aun que ella no esperase heredar este castillo, ni el título, ni los bienes vinculados a él, siempre debió creer que su padrino no la dejaría expuesta hasta el extremo de ganarse la vida con su trabajo. Debió suponer al menos que aseguraría su porvenir.—opuso el notario.

—En todo caso ha aceptado los acontecimientos sin discutirlos, sin una queja, sin una protesta, con impasible serenidad. “Tra bajaré, señor cura. Mi padrino no reparó en gastos para darme una brillante educación. Hoy comprendo que con ello me hizo un valioso presente, puesto que esos conocimientos van a servirme para procurarme independencia y pan”. Así me contestó ayer cuando me vi precisado a darle cuenta de nuestras infructuosas investigaciones en busca de un testamento que, a lo que se ve, no existe.

—¡Admirable! ¡Esa muchacha es admirable!— dijo el notario con un reflejo de asombro involuntario en la mirada.

—¡Tan altiva, tan digna, tan grande señora!— murmuró el beun don Roque—. Yo hubiese jurado siempre que, hija del señor Duque o no, era sin discusión una Olarriaga. Tiene todos los rasgos físicos de la familia y muchos, pero muchos otros rasgos en su carácter que yo no dudaría en calificar de atavismo de raza.

—¿Quiere usted más atavismo que ese extraordinario parecido con el retrato de doña Sol? —recalcó el cura.

—¿Doña Sol?— preguntó el notario, lleno de curiosidad. ¿Es por eso por lo llaman doña Sol? Yo creía que sería un diminutivo de su nombre... un bonito que a ella, seria y reposada, le cuadra muy

bien. ¡Soledad!

—No, señor Pinzano, le llamamos doña Sol por ese parecido que a don Roque le parece una herencia. Es un retrato de la primera duquesa de Olarriaga; una hermosa mujer, ciertamente, y Soledad tiene una semejanza tan completa que si la vistiesen a la moda del siglo XVI, diríamos que la doña Sol del retrato y la otra doña Sol de carne y hueso son una misma persona. Es curioso, ¿eh?

El señor Pinzano no contestó, absorbo to como estaba en otro pensamiento.

—Sería doloroso— dijo exteriorizándolo— que este palacio casi regio fuese a parar a manos extrañas. Digo esto por si a los herederos les da la idea de vender las propiedades.

El administrador alzó la cabeza con gesto casi altivo.

—El presunto heredero del señor duque de Olarriaga, estoy seguro que no venderá nada. En primer lugar, porque es inmensamente rico, y luego porque es un carácter muy digno que comprende y respeta la tradición casi religiosamente. Estoy convencido que no tocará una piedra de esta casa.

—¿A quién se refiere usted, don Roque? —preguntó el notario.

—A lord Harwing — dijo brevemente el administrador.

—¡Un inglés!—exclamaron a tiempo el notario y el cura.

—Por parte de padre nada más. Su madre es hermana del difunto duque de Olarriaga.

—No debían ser muy cordiales las relaciones entre los dos hermanos—insinuó el notario—. Nunca les hemos visto por acá.

—Lady Harwing, que siempre tuvo la salud muy delicada, no viajaba casi nunca, pero su hermano iba todos los años a Inglaterra. Yo tuve el honor de acompañarle en dos ocasiones y con tal motivo conocí al presunto heredero, lord Frederic Har-

(Continuará)

El Sacerdote

Los que tenemos la dicha de vivir en naciones cultas y civilizadas, presenciamos de cuando en cuando una solemnidad hermosa, conmovedora: la Ordenación y Primera Misa del Sacerdote Católico.

Más ¿qué es el Sacerdote Católico?

Parece un hombre y parece un ángel; un sér de la tierra en el Cielo, o un sér del Cielo en la tierra: un sér, en fin, que es luz, consuelo y salvación de los hombres.

Hombre de pasiones y amarguras, se despidió de lo que el mundo ama y adora; se ofrece a Dios en sacrificio, camina por un camino de espinas y dolor, y ante los seres queridos, o los que le miran con indiferencia y desdén, sube a la cumbre del Calvario, a semejanza del Maestro soberano, y oye palabras misteriosas del representante de Dios, y pronuncia él mismo otras palabras que estremecerían a los An-

ge, y queda transformado, deificado, hecho ministro, apóstol de Dios, y salvador de sus hermanos.

Y toma un libro el libro por excelencia, en que se narran los sucesos de la alborada de la Creación y del fin de los tiempos; el libro de Dios y de los hijos de Dios, y con ese libro raro, estupendo, cruza el mundo, y se presenta en el alcázar de los grandes, y no teme sus iras, y en la cabaña de los menesterosos, y los consuela y alivia: libro de los libros, que resuelve las cuestiones sociales de todos los tiempos: palabra de Dios, la BIBLIA.

Todos los días, al rayar el alba, cuando fascina y encanta la tierra con sus nuevas hermosuras; cuando el hombre siente nuevos latidos e impresiones del corazón; cuando no se oyen doquiera sino blasfemias y obesenidades, y se muestra airado

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

el Cielo por los crímenes del mundo pecador, sube al Altar el Sacerdote, eleva sus manos suplicantes, reza y gime, y se aplaca la cólera de Dios, y se derraman innumerables gracias y bendiciones.

La Hostia de propiciación, en manos del Sacerdote, es el pararrayos del mundo.

Y esos hombres extraordinarios, que en el mundo viven y en el mundo mueren, santifican y salvan las almas de sus hermanos con la sangre y los méritos infinitos de Jesucristo.

De la cuna al Sepulcro, y en el camino azaroso de la vida de sus hermanos, siempre se encuentra el Sacerdote que mira y

consuela y bendice al justo y al pecador, al noble y al plebeyo, al feliz y al desgraciado.

Ríe con los que ríen, lloran con los que lloran, enjuga todas las lágrimas, esclarece la conciencia, deshace los remordimientos y aquieta las tempestades del alma.

Depositarios de los secretos de Dios, es depositario de los secretos del hombre.

Nadie más grande que el Sacerdote católico, el hombre de la paz y del amor...

Sacerdote de Jesucristo, yo te saludo, yo te bendigo!!

Fr. Alfonso M. Arias H.
O. F. M.

Doña Zoila Robles de Sancho

Confortada con los Santos Sacramentos, descansó en la Paz del Señor la bondadosa señora doña Zoila Robles de Sancho. La pérdida del hijo querido desde hizo tres años la sumió en el más profundo dolor q' hirió su preciosa existencia hasta llevarla al descanso eterno, dejando en el corazón de los suyos dolor tan intenso que sólo el tiempo y la resignación cristiana lograron mitigar. Enviamos nuestro más senti

do pésame a su afligido esposo don Julio Sancho Jiménez y a sus apreciables hijos don Rodrigo Sancho, don Julio Sancho y señora., y a la señorita Zoilita Sancho, a sus hermanos don Miguel Angel Robles y Sra., don Abel Robles y Sra., a don Rubén Robles y Sra., y a los demás miembros de la distinguida familia doliente. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Zoila.

Don Francisco Carazo Peralta

Profundamente sentido por nuestra sociedad ha sido el fallecimiento del perfecto caballero don Francisco Carazo. Enviamos nuestro más sentido pésame a su afligida esposa doña Elisa Ramírez de Carazo, sus apreciables hijos don Tito Carazo y Sra., a las señortias Marta, Clara y Berta

Carazo y a su virtuosa hermana doña Mariquita Carazo Vda. de Montealegre, y demás miembros de la distinguida familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Francisco.

Don Antonio Araya R.

Profundamente sentido en San Pedro de Poás, ha sido el fallecimiento del joven don Antonio Araya. Descansó en la Paz del Señor confortado con los Santos Sacramentos. A sus piadosos padres don Luis Araya y a doña Liduvina de Araya e

hija enviamos nuestro más sentido pésame. Que Dios les dé mucha resignación en tan profundo dolor. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Antonio.

la dentadura con el cepillo sin tragar agua, no conviene emplear pastas dentífricas. Con agua hervida es suficiente. Apenas evite por sí mismo el inconveniente señalado, entonces se le enseñará a efectuar esa operación, pero con ayuda de la pasta.

—Algunos niños suelen resfriarse al hacer su aparición el primer diente, malestar que cede en pocos días. A otros hasta se les presentan síntomas de ligeras bronquitis, sin mayor trascendencia y riesgo.

Una medida elemental de precaución, pero que pocas madres siguen, es la supresión absoluta del tanteo con los dedos sobre la encía en donde nacen los dientecitos. Esto en ocasiones, además de involucrar un peligro infeccioso, puede hacer más dolorosa la dentición.

No todos los trastornos que experimente la criatura han de atribuirse a la dentición durante el período en que ésta tiene efecto. Si las molestias fuesen considerables conviene consultar con un médico para evitar que cualquier dolencia prospere a cubierto de ese falso concepto harto difundido.

—Un hogar modesto no puede estar organizado como un jardín de infantes, de manera que el niño deberá estar solo muchos ratos del día, entregado a sus pasatiempos. Por eso es bueno habituarlo a que

se entretenga con algún juguete de sus preferencias, pero no dándoselos con abundancia tal que lo hastíen y termine por despanzurrarlos para ver qué encierran adentro.

—No conviene dar a las criaturas en cuanto empiezan a comer mucha cantidad de pan y menos de miga, porque el abuso podría conducir a una enteritis. Les sienta mejor la parte de la corteza o en todo caso el pan un poco tostado.

—Permitir que los niños se sienten a la mesa encorvados, lean en esa misma postura pernicioso o escriban o estudien haciendo sus deberes, supone contribuir indirectamente a que su columna vertebral adquiera una conformación viciosa. Debe reprenderse a los pequeños cada vez que se los vea mal sentados, evitando males mayores.

—Muchas madres suelen temer el sarampión más que la escarlatina para sus hijos e ignoran que el primero se presenta en menos casos aisladamente que la segunda.

Las erupciones y las manchas rojas en el cuerpo, que luego se agrupan y forman zonas de tono escarlata, suelen aparecer casi siempre al día siguiente de decretada la fiebre y son un síntoma inequívoco de la escarlatina, requiriendo un tratamiento inmediato para atajar el avance del mal.

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECEN:

Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteles y otras labores estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

CONSIGANOS SUSCRITORES

Gran homenaje a la primera Santa de los Estados Unidos, se rindió en la Ciudad de Chicago

CHICAGO. — Cerca de cien mil fieles tomaron parte en las ceremonias religiosas que se celebraron en "Soldiers Field", espacioso estadio de esta ciudad, en honor a Sor Frances Xavier Cabrini, primera Santa estadounidense de la Iglesia Católica Apostólica Romana.

El Cardenal Samuel Strich ensalzó las virtudes de la Santa, perorando desde las gradas de un elevado altar, sobre el cual se erguía la

efigie de la Venerable Madre Cabrini. En la misma ceremonia, también fueron objeto de homenaje los capellanes católicos de la Segunda Guerra Mundial, quienes vestían uniforme militar.

La sexta Hora Santa se observó bajo los auspicios de la Unión del Santo Nombre, entidad perteneciente a la Arquidiócesis católica de Chicago.

UN BUEN TERMOMETRO

Dice San Ignacio que el espíritu (cristiano) se ha de echar de ver en los rasgos más característicos de la vida cristiana, a saber: en la fe y en la obediencia a la Iglesia; en la práctica de sus ritos sagrados; en la frecuencia de los Santos Sacramentos; en la conformidad con sus leyes disciplinares; en la participación en el culto; en los sentimientos de amor y reverencia a las Ordenes religiosas y a la autoridad civil; en la afición a su método de enseñanza, a sus doctrinas sobre la predestinación, fe, buenas obras, gracia, la utilidad del santo temor de Dios.

En estas breves reglas, San Ignacio combate uno a uno todos los errores públicos y secretos contra el verdadero espíritu de la Iglesia, todos los desvaríos públicos y secretos de los últimos tiempos personificados por Lutero, Calvino y Jansenio.

P. Meshler, S. J.

POR UNA APUESTA

Para escarmiento de los que hacen o incitan a apuestas sobre hazañas gastronómicas.

Rafael López, de treinta y seis años, apostó con varios amigos a que era capaz de comer lo que nadie comiera, y al efecto, metióse con sus camaradas en un establecimiento, y a guisa de aperitivo, se echó al colete un vaso de vino con treinta correderas. Después se engulló un murciélago vivo, y tras otros manjares por este orden, se tragó, para ayudar a la digestión, dos casquillos de bala de revólver.

Durante la noche la apuesta fue celebrada con frecuentes y copiosas libaciones; pero a la mañana, López, sintiéndose enfermo, presentóse en el hospital, donde expiró pocas horas después, presa de terribles dolores, a causa de la perforación del intestino por los casquillos.

¡Si habrá brutos!

DISTRAIDO

La señora.—He encontrado tus guantes con las uñas de los dedos cortadas. ¿Cómo se explica eso?

El marido.—¡Caramba! Se conoce que me olvidé de sacarlos cuando me corté las uñas.

PRESTIDIGITACION

—Papá, anoche un prestidigitador convirtió una moneda de plata en una flor.

—Hijo mío, eso no es nada; tu madre convirtió el otro día un billete de quinientos pesos en un vestido.

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari.

GALLETA DE MAICENA

Un cuarto de libra de maicena.
 Un cuarto de libra de harina.
 Un cuarto de libra de azúcar.
 Un cuarto de libra de mantequilla.
 Un cuarto de libra de confites de goma.
 2 cucharaditas royal.
 2 huevos.

Se bate en una taza la mantequilla con el azúcar se le agregan los huevos uno a uno se bate bien; luego se le agrega: la maicena, la harina y el royal cernidos, se mezcla bien, si se ve la pasta muy suave se le agrega más harina por partes iguales. Se hacen las galletitas en forma de pelotitas, se les pone una gomita en el centro y

se meten al horno caliente, cuando están asadas se sacan del horno, se dejan enfriar y se guardan herméticamente cerradas.

ENSALADA IMPERIAL

Se escogen tomates de muy buena calidad, uno para cada persona; se lavan muy bien y con un cuchillo se les corta una ruedita encima; con mucho cuidado y con la punta de un cuchillo se saca el centro de los tomates dejándoles la carne. La víspera, se deja un pollo bien arregladito y condimentado con ajos, sal y pimienta al día siguiente, se cocina con un poquito de agua, apenas para que se suavecice. Se le quitan a este pollo los pellejos y la carne se pica finamente, se le agregan unas gotas de salsa inglesa; se mezcla con unas tiritas de lechuga bien tierna, picada y se rellenan los tomates. Al rededor de un platón se colocan unas lechugas bien tiernas, lavadas y secadas muy bien con una servilleta encima y con gracia, se colocan los tomates en los extremos del platón se colocan rroltos de espárragos pelados y cocinados en agua con sal y bien fríos o espárragos de lata que son mejores. Se hace una mayonesa bien espesa, con esa mayonesa se acaban de rellenar los tomates y se sirve.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
 LENTES Y ANTEOJOS
 DE TODOS LOS PRECIOS
 Frente al Gran Hotel Costa Rica

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas

Avenida Central

Teléfono 5507

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica